

LABOR EN
«LABOREM EXERCENS»

MANUEL ALONSO OLEA

LABOR EN «LABOREM EXERCENS»

El trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas... Solamente el hombre es capaz de trabajar... El trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad.

Con esta majestuosa declaración en su preámbulo mismo, aun antes de lo que la Encíclica rubrica como *Introducción*, comienza el desarrollo de una formidable elaboración sobre el concepto de trabajo humano, que constituye la base misma dogmática y doctrinal de la *Laborem exercens*, sobre la que se va a reflexionar aquí, prescindiendo de sus derivaciones concretas, aun corriendo el riesgo, que se querría evitar, de dejar de hacer justicia a la sustancia de su riquísimo contenido.

En realidad las palabras iniciales tienen majestuosidad mayor aún que la que refleja la cita abreviada con que se ha comenzado. Distingue el trabajo al hombre de las demás criaturas porque el hombre ha sido hecho «a imagen y semejanza de Dios en el mundo visible» y puesto por Dios en el mundo visible para que dominase la Tierra y es por ello por lo que, de un lado, «el hombre... desde el principio está llamado al trabajo» y por lo que, de otro, sólo el hombre en cuanto tal y en cuanto titular de este destino es capaz de trabajar, porque sólo a él le está dada una vocación de dominación, a diferencia del resto de los vivientes a cuya

actividad para mantener su propia vida, en consecuencia, «no puede llamarse trabajo».

El trabajo es, pues, para la Encíclica, esencialmente humano; es para el humano una dimensión de su destino radical y por consiguiente de su ser mismo. Reiterando el pasaje inicial: *sólo el hombre es capaz de trabajar*.

* * *

No es extraño por ello, más bien es derivación lógica necesaria de la premisa, que «*el problema del trabajo humano** aparezca naturalmente muchas veces» en cualquier reflexión sobre la vida humana y que sea «de alguna manera, *un elemento fijo... de la vida social*».

Para enfrentarse con lo que desde hace decenios, más de un siglo, ya, viene denominándose *La cuestión social*, profundizar en el problema del trabajo es absolutamente esencial porque, como no podía por menos de ser, «el trabajo humano es *una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social*» (I, § 3), si se recuerda además que aquella se planteó precisamente en vista de las condiciones de vida y de trabajo de un proletariado urbano, esto es, de colectividades de trabajadores, cuyas formas de vivir y de trabajar habían sido profundamente alteradas en su medio espacial y en su ritmo temporal por la Revolución industrial; fue «la primera industrialización [la] que creó la cuestión obrera» (II, § 5), al generalizar en Europa el trabajo productivo libre por cuenta ajena.

Con renovada e insistente formulación, más allá, por otro lado de su localización histórica concreta: «la Iglesia está convencida de que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la Tierra» (II, § 4).

* * *

Es esencial subrayar que el trabajo está tomado en todos los pasajes que se han citado en su más sentido literal de

* En esta y en las ulteriores citas de la Encíclica las cursivas son siempre del original.

actividad del hombre dirigida hacia la modificación y el dominio del mundo exterior, hacia la actividad con manifestaciones y operatividad externas; quiero decir que los pasajes refieren al trabajo como distinto de la reflexión *ad intra*, de la contemplación y de la meditación del hombre recogido en sí mismo.

Es esta una distinción esencial de tradición muy antigua sobre la que *Laborem exercens* implícitamente vuelve; se está hablando, nos dice, del trabajo, «entendido como una actividad 'transitiva', es decir, de tal naturaleza que, empezando en el sujeto humano, está dirigida hacia un objeto externo». El hombre se trasciende a sí mismo a través de su trabajo, abandona su ensimismamiento, como Ortega hubiera dicho, y se lanza sobre los objetos externos.

Esta transitividad que predica del trabajo, nos dice que la Encíclica se está ocupando del trabajo «de acción» o «práctico» como distinto, si de tal puede hablarse, o más bien incorporando, el «trabajo de especulación» o puramente «teórico». Trabajando *ad extra* cada hombre toma parte «en ese gigantesco proceso mediante el cual somete a la tierra con su trabajo y cumple con el mandato recibido de su Creador de someterla y dominarla», con todas las fuerzas, incluidas desde luego las intelectuales, que para ello se le han dado. La contemplación ensimismada corresponde a otra dimensión de lo humano.

Aquel mandato, además, ha estado para el hombre vigente desde siempre, antecediendo a la ruptura provocada por el pecado y sigue vigente tras ella y no como efecto de ella. Que el hombre trabaje no es consecuencia de su culpa, sino dimensión intrínseca a su humanidad.

Situado en este contexto el trabajo aparte y además de satisfacer las necesidades vitales de quien trabaja, que en esto se diferencia el trabajo del juego, cumple una doble y esencial función.

En primer lugar el hombre al actualizar el trabajo como bien, «se realiza a sí mismo como hombre... en un cierto sentido» «se hace más hombre» (II, § 9), de ahí «la obligación moral de unir la laboriosidad como virtud» con un tipo de orden sociolaboral que cumpla con esta finalidad esencial del trabajo, no degradando ni menoscabando la dignidad y

subjetividad de quien lo ejecuta. Unido íntimamente el trabajo a la persona de su ejecutor la estima o desprecio referido al primero se refleja inmediata y necesariamente en los mismos pensamientos o sentimientos respecto de la segunda. Las sociedades y los hombres que, despreciando el trabajo, vivan del trabajo de los demás, son moralmente repugnantes no sólo en lo que tengan de explotadoras sino en lo que tienen de despreciativas y humillantes. El vago arrogante, persona o sociedad, une en sí maléficamente los pecados primero y último, soberbia y pereza, y así los compendia todos.

En segundo término, elevando la Encíclica ya en sus postrimerías el tono de sus declaraciones, y no rehuendo la cuestión de la ambivalencia del trabajo en la apreciación de quien lo ejecuta (al libro del *Génesis*, nos dice, se remonta la contraposición entre «aquella originaria *bendición* del trabajo, contenida en el misterio mismo de la creación, y unida a la elevación del hombre como imagen de Dios, [y] la *maldición* que el *pecado* ha traído consigo»), en cuanto que el trabajo es al tiempo fuente de satisfacción y causa de cansancio y fatiga; nos reitera, respecto de esta segunda dimensión, que a través de ella el hombre con su sudor «colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad» (V, § 27). Y así, el hombre trabajando no sólo contribuye «a su propio perfeccionamiento como imagen de Dios». (Encíclica *Mater et Magistra*, parte IV, en «Revista de Política Social», núm. 52, 1961) y presta «su cooperación al perfeccionamiento de la creación divina» (Constitución *Gaudium et spes*, 2.^a III. 2,67; en Conc. Vat. II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, Madrid, 1965, pág. 312); esta idea por supuesto se reitera en *Laborem exercens*: «mediante su trabajo participa [el hombre] en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido continúa desarrollándola y la completa»; (V, § 25), sino que, además, «soportando la fatiga del trabajo», participa en la tarea redentora suya, propia de la comunidad a la que pertenece y de la humanidad toda. Es por ello por lo que en los libros sapienciales a la vez para el hombre «todo su trabajo es fatiga» y «nada hay para el hombre mejor que gozar en su trabajo» (*Eclesiástico*, 2,23 y 3,13).

De su propia redención, decía, porque las «acciones pertenecientes al proceso del trabajo... han de servir... a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona que tiene en virtud de su misma humanidad» (II, § 6); el hombre «a través del cansancio [de su trabajo] y jamás sin él», coopera a su redención, «llevando... la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar» (V, § 27).

De la humanidad toda, porque el proceso a través del cual el hombre se hace cada vez más dueño de la tierra y confirma su dominio es un proceso, «*universal*: abarca a todos los hombres, a cada generación... todos y cada uno están comprendidos en él... todos y cada uno... en un número incalculable de formas toman parte en este gigantesco proceso» (II, § 4).

* * *

Tal es la forma cómo, a través del trabajo, se religa al hombre con su especie y la generación presente de hombres con las pasadas y las futuras; no sólo a través del trabajo el hombre se desposa con la naturaleza, sino que reconoce en sí su pertenencia a la especie humana y a sus destinos, «a esa *gran sociedad*... una gran encarnación histórica y social del trabajo de todas las generaciones» (II, § 10).

En pasaje verdaderamente inspirado que debe citarse en toda su extensión y que resume los aspectos subjetivo y objetivo, individual y social, del trabajo: «Haciéndose —mediante su trabajo— cada vez más dueño de la tierra y confirmando todavía —mediante el trabajo— su dominio sobre el mundo visible, el hombre en cada caso y en cada fase de este proceso se coloca en la línea del plan original del Creador. Este *proceso es*, al mismo tiempo, *universal*: abarca a todos los hombres, a cada generación, a cada fase del desarrollo económico y cultural, y *a la vez* es un proceso que se actúa *en cada hombre*, en cada sujeto humano consciente. Todos y cada uno están comprendidos en él contemporáneamente. Todos y cada uno, en una justa medida y en un número incalculable de formas, forman parte en este gigan-

tesco proceso, mediante el cual el hombre 'somete la tierra' con su trabajo.) (II, § 4.)

* * *

El trabajo al que se refiere la Encíclica, por otro lado, es tanto el trabajo intelectual como el trabajo manual o, mejor dicho, al trabajo humano que es siempre y a la vez intelectual y manual; «trabajo significa todo tipo de acción realizada por el hombre independientemente de sus características y circunstancias»; «en su aspecto subjetivo [el trabajo] una acción personal [de donde] se sigue necesariamente que en él participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual» (V, § 24).

Implícitamente para la Encíclica no hay prioridad de un tipo de trabajo sobre el otro, ni puede haberla por la fusión de ambos caracteres en toda obra humana. El trabajo más «manual» pensable, en cuanto predicado del hombre, presupone la inteligencia de éste y con ella la presencia de «lo sentido y lo pensado... lo sabido y la sensación de lo sentido» (Aristóteles, *De ánima* III.8; según la cita de Bacon, *The Advancement of Learning*, 2.º, XII, 2; ed. Oxford, 1974, pág. 117). Y el trabajo más intelectual pensable, la contemplación pura aparte, encuentra en la manifestación externa propia de su transitividad, el uso de la dotación sensitiva corporal del hombre.

* * *

El hombre, insiste una y otra vez la Encíclica, al trabajar reposa sobre el trabajo de los demás; no ya o no sólo en el sentido de que cualquier mínimo sistema de división del trabajo —impuesta esta a su vez, con intensidad creciente, por la calidad y la cantidad de los bienes que el hombre pide al trabajo para vivir una vida que repunte como propiamente humana —exija para el trabajo de cada hombre el antecedente, coetáneo o subsiguiente de otros, sino en el más radical de que el conjunto de medios de que el hombre se sirve para su trabajo es fruto del trabajo de otros hombres; las afirmaciones son aquí, digo, terminantes y reiterativas: «todos los medios de producción, desde los más primitivos

hasta los ultramodernos han sido elaborados gradualmente por el hombre»; «*todo lo que sirve al trabajo, todo lo que constituye su 'instrumento'... es fruto del trabajo*»; lo que «se ha solido llamar 'capital'... *el conjunto de medios [que el hombre aplica a su trabajo] es fruto del patrimonio histórico del trabajo humano*» (III, § 12).

Son los instrumentos y las máquinas y el conjunto de unos y otras, el espíritu del hombre, sus saberes y sus esfuerzos materializado en el mundo exterior, o este mismo mundo transformado por el hombre y en parte convertido en herramienta para transformaciones futuras. Es la historia misma del esfuerzo humano objetivada en frutos, impercederos como conjunto, de los que el hombre usa como instrumento. Como tipo especial de fruto junto al perecedero y consumible aplicado a las necesidades inmediatas, están los instrumentos, «en los que el trabajo encuentra su permanencia..., aquello en lo que los seres contingentes se perpetúan» (Hegél, *Realphilosophie I*, III.B; en la ed. de Plantý-Bonhour, París, 1969, págs. 99-100).

Con todo —aparte de que la contingencia del hombre refiera sólo al más acá; en la transcendencia no hay contingencia— los instrumentos y su conjunto no son espíritu, sino que son cosas, «un conjunto de cosas», como tal subordinado al hombre actual y a su trabajo aquí.

Es pues en los procesos de producción, en los que hay que subrayar con energía, «poner de relieve... *la primacía del hombre sobre las cosas*» (III, § 12). El hombre es un fin, y las cosas, incluidas las especiales que han incorporado el trabajo de los hombres, y las especialísimas que unen a esta incorporación su perduración en el tiempo, un medio.

Es claro que la cosa producida por el hombre ha incorporado un proyecto humano, un proyecto duradero incluso si lo producido es un instrumento para uso ulterior por su autor o por otros. Pero es sólo en su concepción donde el proyecto tiene vida y, si se quiere, durante su ejecución: *Arca in opere non est vita, arca in arte vita est* (San Agustín, *Tratados acerca del Evangelio de San Juan*, I, 17; *Obras*, t. XIII, Madrid, 1955, págs. 90-91). Pero la obra producida —el arca del artesano— sin vida, pasa a su condición medial. Es el nuevo artesano quien ha de vivificarla, de renovar su

vida, subordinándola, a sus fines. Lo contrario es admitir el aplastamiento del hombre por sus obras. «*El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto*» (II, § 6), el «hombre-persona que ejecuta un determinado trabajo» (II, § 8). Por ello mismo «*el principio de la prioridad del trabajo respecto del capital es un postulado que pertenece al orden de la moral social*» (III, § 15). La superación de errores históricos profundos, teóricos y prácticos, no es siquiera posible si no parte «*de la decisiva convicción de la primacía de la persona sobre las cosas, del trabajo del hombre sobre el capital como conjunto de los medios de producción*» (III, § 13). Y no «del hombre 'abstracto', sino del hombre real, del hombre 'concreto', 'histórico'»; aquí, como en todo otro lugar, «se trata de cada hombre...» (*Redemptor hominis*, III, § 13).

* * *

Con cuidado exquisito, al tiempo que con toda energía nos advierte la Encíclica en sus pasajes finales que, sus dimensiones magníficas no obstante y aun precisamente por ellas, el trabajo debe estar presidido por una idea trascendente. Es cierto y debe por ello mantenerse que, «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra», pero es claro también que ello ha de hacerse con la mira puesta siempre en esa tierra nueva que se espera. Es ello lo que fuerza a «distinguir cuidadosamente progreso temporal y creciente del Reino de Cristo»; el primero debe ser perseguido desde luego ardorosamente en cuanto fuente de humanización del individuo y en cuanto contribución suya al ordenamiento mejor de la sociedad humana —«a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos»— pero presididos ambos designios por la transcendentalidad de la finalidad que está en la tierra nueva, allende ésta actual y futura.

En las frases de la *Gaudium et spes*, de donde con seguridad viene la inspiración inmediata de la Encíclica en este punto, la esperanza escatológica, «no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos para su ejercicio» (1.^a, I, 21; ed. cit., pág. 235), porque «el Reino está ya místicamente presente en

nuestra tierra» (1.^a, III, 39; ed. cit., pág. 262). Pero una cosa es hacer estas afirmaciones temáticas y otra enteramente distinta, y hasta diametralmente opuesta, que podamos nunca afirmar que éste o aquél futuro acontecer en la historia es el futuro prometido. «La imposición objetiva de la idolatría de los propios logros no es sino una blasfemia organizada», como dijera Moltman. El Reino está ya incoado aquí desde la primera venida y por él debe obrar el hombre afanosamente, pero sólo en la venida segunda se consume, sólo *adveniente Domino consummabitur* (*Gaudium et spes*, 1.^a, III, 39, *in fine*; ed. cit. pág. 262). La historia del hombre, de sus horas y de sus obras no tiene fin aquí ni se consume aquí; por siempre habrá historia hasta que sean los propios siglos los que se consuman.

Sólo en esta convicción, y con ella en el destino trascendente, se evita caer en la estulticia del inmanentista, que es la misma del ídola antiguo cuya versión moderna es. Uno y otro, «alardeando de sabios se hicieron necios». (*Romanos*, I.22), adorando la obra de sus propias manos, convirtiendo en ídolos a los que presta adoración a sus propios artificios. Como en Isafas (2.8) «está su tierra llena de ídolos, se prosternan ante la obra de sus propias manos, ante lo que sus dedos fabricaron».

Trabajar sin la convicción de que otro mundo existe es verdaderamente una maldición carente incluso de sentido moral, resultante cruda de nuestra biología, ciertamente, «la forma más terrible de castigo» (Camus, *Le Mythe de Sisyphe*, ed. París, 1966, pág. 161). Quizá por ello en la caricatura despiadada de la felicidad en la comunidad sin trascendencia ni más allá que dibuja Santo Tomás Moro, en *Utopía*, la esclavitud y la marca de los esclavos siguen siendo instituciones legales y necesarias a la vez. «El cristianismo... [ha de saber]... ocupar su trabajo no sólo en el *progreso terreno*, sino también en el *desarrollo del Reino de Dios* al que todos somos llamados» (V, § 27); es esta «suerte divina», del individuo la que se abre su camino en medio «de todos los enigmas, incógnitas, tortuosidades y curvas de la 'suerte humana' en el mundo temporal» (*Redemptor hominis*; IV, § 18).

* * *

La temática de *Laborem exercens* fue reiterada con energía, y en algunos puntos precisada, en la *Alocución* que el día 15 de junio de 1982 dirigió Su Santidad a la 68 Conferencia Internacional del Trabajo, reunida en Ginebra.

De nuevo aceptando el riesgo de no hacer justicia plena a la densidad de este segundo texto, y concentrando la reflexión sobre el significado en ella del trabajo humano, una y otra vez se nos insiste no ya sobre su dignidad y los sentimientos de solidaridad que engendra, sino, en lo que importa aquí, sobre su humanidad profunda: «no sólo el trabajo lleva la huella del hombre, sino que en el trabajo es donde el hombre descubre el sentido de su existencia»; el trabajo humano ha de ser situado «dentro del hombre... en lo más hondo de su humanidad, en lo que le es propio, en lo que hace que sea hombre». Entre el hombre y su trabajo no se da una relación accidental, dependiente de situaciones sociales o históricas; antes bien, «existe un lazo esencial entre el trabajo de cada hombre y el sentido global de la existencia humana»; la esencialidad de esta relación es «fundamento de la doctrina cristiana sobre el trabajo».

Como en la *Laborem exercens* estas declaraciones refieren a todo tipo de trabajo, punto sobre el que parece como si la *Alocución* quisiera recrearse. En efecto, el trabajo sobre el que discurre el mensaje —merece la pena la cita extensa por su rotundidad— es «el trabajo del hombre, cualquiera que sea y donde quiera que se haga en la totalidad del globo, a todo trabajo —así como a cada hombre y a cada mujer que lo efectúan— sin distinción entre sus características propias, ya se trate de un trabajo ‘físico’ o de un trabajo ‘intelectual’; sin distinción tampoco entre sus modalidades particulares, ya se trate de un trabajo de ‘creación’ o de ‘reproducción’, ya se trate del trabajo de investigación teórica que da sus bases al trabajo ajeno, o del trabajo que consiste en organizar las condiciones y las estructuras, o bien, por último, del trabajo de los dirigentes o del de los obreros que ejecutan las tareas necesarias para realizar los programas fijados».

Cualquier trabajo del hombre, pues, y ello precisamente, «porque es obra del hombre», porque detrás de todo trabajo está siempre la persona humana.

No es cierto que el trabajo sea alienante, esto es, que por su propia naturaleza sujete al hombre a fuerzas extrañas que imperen sobre él, desnaturalizándolo, o a las que en sí mismas o en sus frutos tenga que prestar adoración como seres imponentes; esto sería contradictorio con la proclamada esencialidad del trabajo para el hombre, en cuanto haría deshumanizante un factor de humanización. Textualmente, «la existencia humana atestigua siempre el hecho de que el hombre no ha sido alienado por el trabajo»; «antes al contrario confirma que el trabajo se ha convertido en el aliado de su humanidad».

No hay que insistir sobre la transcendencia de la entrada de la *Alocución* en este terreno movedizo o mar proceloso de la alienación. En su sentido más radical lo que se nos afirma es que no hay ruptura dentro del hombre, sino integración del hombre mismo a través de su trabajo; que no hay ruptura entre el hombre y la naturaleza sino integración entre el uno y la otra a través del trabajo. Negaciones tras las que están las afirmaciones solemnes de *Laborem exercens*: el hombre contribuye a la Creación y a su redención a través del trabajo; y de la propia *Alocución*, «el trabajo sirve para realizar el sentido de la vida humana». No hay necesidad de concebir un mundo utópico en el que pudiera vivir sin trabajar, aparte de que tal utopía sería en sí mismo deshumanizante y más incoherencia que utopía; ni siquiera en uno en que el trabajo dejara de tener una cierta forzosidad y con ella un elemento de cansancio y fatiga. El hombre se niega a sí propio, como individuo y como especie si no trabaja; deja de ser partícipe en la re-creación de lo creado y deja de cooperar en su redención.

Epilogar el mensaje unitario de *Laborem exercens* y de la *Alocución* aparte de que sería pretencioso es innecesario. Su densidad misma que con riqueza reflejan las citas, y con pobreza las frases intercaladas para su hilación, imponen la ausencia de consideraciones finales como impusieron el ahorro de reflexiones iniciales.